

Hubo un tiempo en que todos los clientes del bar hubieran acogido con los brazos abiertos a un miembro de la División de Seguridad Estratégica de Zantiu-Braun, le hubieran invitado a una cerveza y hubieran escuchado embelesados sus historias sobre cuán distinta era la vida en los nuevos planetas coloniales. Pero ahora, a mediados del siglo XXIV, eso se podía decir de cualquier rincón de la Tierra. En la conciencia pública el encanto de la expansión interestelar se iba desvaneciendo como el *glamour* de una actriz entrada en años.

Al igual que ocurre con casi todas las cosas del universo, todo era cuestión de dinero.

El bar necesitaba dinero. Lawrence Newton lo supo nada más entrar. Hacía décadas que no reparaban sus desperfectos. Una larga sala de madera cuyas gruesas vigas sostenían el ondulado techo de láminas de carbono, una barra que lo atravesaba de extremo a extremo, carteles apagados de marcas de cerveza y helado desaparecidos en la pared de detrás. Sobre su cabeza temblaban grandes ventiladores giratorios que habían sobrevivido dos siglos más de lo que indicaba su garantía, con sus primitivos motores eléctricos zumbando mientras agitaban el aire sofocante.

Así estaban las cosas en Kuranda. Sentarse en las alturas sobre las mesetas de Cairns, que había disfrutado de largos años de beneficios como una de las ciudades más turísticas de Queensland. Los sudorosos y colorados europeos y japoneses atravesaban la selva tropical subidos en el funicular y se maravillaban ante la exuberante vegetación antes de seguir caminando con paso penoso hacia las tiendas de curiosidades y bares-restaurante que bordeaban la calle principal. Después cogían el antiguo tren que atravesaba el cañón de Barron Valley y se volvían a quedar fascinados, en esta ocasión por los precipicios de afiladas rocas y por las espumosas cataratas que se veían durante toda la ruta.

Pese a que los turistas seguían viniendo a admirar la belleza natural del norte de Queensland, eran sobre todo familias empresariales que Z-B había enviado a su creciente base espacial, que ahora dominaba Cairns física y económicamente. No podían permitirse malgastar el dinero en camisetas con estampaciones de inspiración aborigen, *didgeridoos* auténticos ni figuras talladas a manos como símbolos del espíritu de la Tierra, de modo que las tiendas de la calle principal de Kuranda fueron desapareciendo hasta que solo quedaron las más resistentes y baratas, siendo en sí mismas un motivo para no quedarse mucho tiempo. En la actualidad la gente sale del terminal del funicular y camina derecha hacia la





111
112
113
114
115









